

El día siguiente á las diez, fuimos al convento y encontramos al pobre Padre Bringas postrado en cama, con una fuerte calentura y delirios. Acababa de salir el facultativo que le asistía, y por entónces no pudo decir la clase de enfermedad que le habia acometido; pero hecho cargo de la avanzada edad del enfermo, y sus padecimientos y sufrimientos por la emigracion, navegaciones y malos alimentos é indigestiones, creia que fuesen unas calenturas pútridas de mal género. Se recetó un purgante, sustancia de arroz y refrescos de aguas de tamarindo, dieta y que no hablase con nadie ni se hiciese ruido próximo á su celda. No le pudimos ver. El guardian nos aseguró que nada le haria falta, y que descuidásemos, agradeciendo los ofrecimientos que le hicimos de dinero.

Nos retiramos del convento, encaminándonos al muelle, que era el paseo frecuentado por la mañana. En seguida pasamos á la plaza de armas frente al Palacio de Gobierno. Allí conversamos con varios amigos, y llamando aparte á Irigóyen, le dije que iba á subir á Palacio á decir al mayordomo del Capitan General que por aquel día iba á comer en la mesa de su escelencia, y que añadiese un cubierto. Me valí de esta estratagema para ver aquel día á Vives, anunciarle la enfermedad del Padre Bringas y que por esta razon no podiamos concurrir aquella noche á la sesion para que estábamos citados. Subí y bajé inmediatamente del Palacio, y volví á incorporarme con Irigóyen.

Despedidos de los amigos, pasamos á la casa del comerciante D. Joaquín Gómez, á participarle la triste novedad del Padre Bringas, que le fué muy sensible y quedó en ir al convento, en cuanto comiese, para ofrecerle sus facultades. Luego pasamos á la casa del Sr. Empáran con el mismo objeto.

A las cinco en punto, fui á Palacio y hablé solo al Capitan General, que leia unos despachos. Concluida su lectura, tocó la campanilla y entró el ayudante de servicio. «Avise V. al mayordomo, le dijo, que sirva la comida.» Pasamos al comedor, en el que habia una mesa, por cierto muy humilde. Hizo sentar á sus dos lados á sus dos niñas hijas suyas, (pues Vives era viudo), á mi enfrente, y al lado al ayudante de servicio. Nos sirvieron dos sopas y un puchero á la española con abundancia de buen garbanzo da Fuentesauco, yamé y carne y carnero, jamon, tocino y chorizos. Luego nos sirvieron cuatro principios de pescados y aves. Los postres en abundancia

de frutas, dulces, queso y pasas de Málaga. Una gran botella de vino refrescado con nieve y garrafas de agua de algive, con un plato de planchito de nieve á manera de cristales, que echábamos en las copas de agua, para que se desliyesen y enfriase el agua. Concluida la comida, pasamos á un gran salon, donde se nos sirvió buen café, licores y ricos tabacos. El Capitan General me pidió noticias del Padre Bringas y le informé su enfermedad, y que no me habia gustado el pronóstico que habia hecho acerca de ella el facultativo que le asistía. Sintió mucho aquella noticia y dijo á su ayudante que luego fuese al convento á saber cómo estaba, y ofrecerle de su parte cuanto necesitase.

A poco rato asistió al salon una veintena de personas, entre comerciantes, propietarios, generales y gefes superiores de la plaza, que le iban á tener corte, al Capitan General. Me despedí de este, que me acompañó hasta la puerta del salon, y diciéndome: «déjese V. ver por aquí, porque tenemos que hablar mucho.»

Salido del Palacio, marché al Café-confitería de Arrillaga, donde me habia citado á Irigóyen. Paseamos juntos en la Alameda de Paula y entramos luego en el teatro, retirándonos á nuestra posada.

El día inmediato acudimos á informarnos del estado de salud del Padre Bringas, y supimos que seguía lo mismo, sin que consiguiéramos verle, porque el médico lo prohibió severamente.

Así seguimos otros cuatro dias, paseándonos por la Habana y sus inmediaciones: el quinto pasé á verme con el general Vives, que lo encontré tan placentero como siempre y me citó para el día siguiente á las siete de la mañana. Fui á aquella hora y cerrada la puerta de su despacho, con misterio y bajo el mayor secreto me dijo: «Desde que hemos perdido el castillo de San Juan de Ulua, el gobierno no cesa de pedirme su reconquista ya por sorpresa, seduccion ó á mano armada. He hecho todo lo posible para proporcionarme confianzas en Veracruz, y no me ha sido posible adquirir un confidente. En la Habana no he podido encontrar ni un solo sugeto, español ó habanero, que se haya querido encargar de comision tan delicada, sin embargo de los grandes ofrecimientos que he hecho de dinero. No es por delicadeza y pundonor, sino por cobardía. A sugetos mismos que ten-

go empleados en la policía secreta de la Isla, les he invitado que pasen á Veracruz para observar los acontecimientos del país y que me informen del resultado de sus observaciones, y todos se han negado, fundados en que no conocen el país, no tienen relaciones y temen ser vendidos y fusilados. Sólo he podido proporcionarme ocho meses hace un anglo-americano, que ha residido algun tiempo en Veracruz, que posee el español como nosotros, y despues de haberme ofrecido el oro y el moro, lo despaché dándole dos mil pesos y viaje pagado. En cuatro meses no supe de él siendo así que me prometió escribir semanalmente en inglés, dándome cuenta de sus adelantos y proponiéndome planes revolucionarios en aquel país. Cumplidos los cuatro meses, cual fué mi sorpresa el verlo entrar en mi despacho lleno de confianza y misteriosamente hacerme un relato de un monton de mentiras y patrañas y presentarme un cuaderno de las observaciones que habia hecho, asegurándome haber escrito diferentes cartas, y fundando el motivo de su vuelta, á falta de recursos. Fué tal la indignacion que me causó la imprudencia con que me engañó aquel hombre, que ni siquiera habia salido de la Nueva Orleans, y menos pisado Veracruz, que hice firme propósito de no mezclarme en semejantes empresas, ni menos intentar de buscar nuevos agentes. De manera que no sé lo que pase en Méjico, si se esceptuan las noticias inesáctas que nos dán los periódicos de los Estados Unidos. El gobierno me escribe, me escita y me apura para que promueva por todos los medios imaginables la escision y discordia en el Reyno de Méjico formando un núcleo revolucionario en el país, con los muchos adictos que tiene en él España, ayudado del clero. El gobierno no quiere creer que ni un solo agente, puedo proporcionarme, ni á peso de oro. Que Méjico para la Hahana es un verdadero limbo, una China y un Paraguay bajo la dietadura del Dr. Francia. En la Habana misma, tengo mil dificultades, para asegurar su fidelidad á España. Estoy rodeado de enemigos de la tranquilidad, gran parte de los empleados son criollos, y ninguno es de fiar. El Secretario de la capitania general es tambien criollo: el coronel Latorre. Sólo con mi politica y la suavidad de mi administracion y la gran vigilancia que tengo, mantengo en tranquilidad esta Isla.

«En este estado de cosas, se han presentado ustedes en la

Habana, de paso para Madrid, enviados por la junta patriótica de la Nueva Orleans, con la memoria para S. M. que me ha leído V. Dos sabios discursos del Padre Bringas y cuanto V. me dicho acerca del Reyno y su historia de estos tiempos, me han ilustrado mas que una comision científica que hubiese despachado aquellas tierras. Ahora sé lo que fué Méjico, es en el dia y el partido que se puede sacar para España.

«Necesito la cooperacion del Padre Bringas y V., para madurar un proyecto que pienso proponer al gobierno, fundado en las luces y antecedentes que me den ustedes, y suspendo todo trabajo en el particular hasta que esté restablecido ese religioso. Ya hace dos horas que estamos encerrados aquí, y tengo que despachar los negocios del gobierno. A Dios jóven, y mi buen amigo, no tengo necesidad de recomendar á V., la mayor reserva de todo lo que hemos hablado.» Me abrió la puerta y la antesala estaba cuajada de gentes de todas categorías. Como pude me abrí paso y sali á la plaza donde me esperaba Irigóyen.

Nos separamos de un amigo suyo, con quien estaba paseando y tomanos el camino del convento. En el camino me dijo: «¿Sabe V. que ese amigo que paseaba conmigo me ha preguntado quién es V. y que la misma pregunta le habian hecho á él varios criollos que le han visto entrar á V. dos ó tres veces en Palacio? Debemos andar con cuidado.» Llegamos al convento y encontramos muy aliviado al Padre Bringas, á veneficio de una sangria que le hicieron dos dias antes, y pudimos verle. Hablamos corto rato con él, y de cosas indiferentes y nos salimos.

Ocho dias despues, el Padre Bringas se alivió de tal manera que el médico le mandó levantarse y cuatro despues salió á paseo. Con este motivo ivamos diariamente á visitarle y tener buenos ratos de conversacion. Pocos dias se tardaron en ponerse en disposición de dar paseos en la Alameda. Irigóyen le propuso el ir á pasar ocho dias al campo y restablecer con el aire puro su salud, y se eligió el pueblo de Guanabacoa, para donde partimos. Con los largos paseos que dabamos y los buenos alimentos conseguimos su entero restablecimiento. En los paseos y las largas conversaciones, conseguí poco á poco, hacerle variar de opinion acerca del viaje á Madrid, habiéndole dicho cual era la verdadera opinion del General Vives, y el ningun fruto que se conseguiría. El Padre

fué del mismo parecer y sobre todo atendiendo á sus achaques y avanzada edad, que le imposibilitaban el poder soportar tan larga navegacion.

A los ocho dias regresamos á la Habana, y el mismo de nuestra llegada, fui á ver á Vives que me recibió bien. Se alegró mucho del restablecimiento del Padre Bringas, y me manifestó sus grandes deseos de que fuéramos á verle los tres, para que hablásemos de las cosas de Méjico y tratar de formar algun plan de provecho á favor de España; y nos despedimos.

Tres dias despues, fuimos á Palacio los tres, y el Capitan General nos recibió en su despacho, dando órden á su ayudante que no entrase nadie.

Despues de haber agasajado al Padre Bringas y felicitádolo por el restablecimiento de su salud, abrió la sesion dirigiéndose al mismo Bringas: «Supongo que Aviraneta habrá dicho á V. cuál es mi opinion tocante al viaje de los tres á la Corte, sin utilidad, por los razones reservadas que le he confiado. Fundado en esto, estoy dispuesto á recibir cualquiera pensamiento ó plan que propongan, encaminado á introducir la discordia y division entre los rebeldes de Méjico, seguro de que los favoreceré por todos los medios que están á mis alcances.» El Padre Bringas respondió, que él por su parte se creía incompetente para proponer plan ninguno, de la clase y naturaleza que deseaba su escelencia, y que sólo podria yo llenar los deseos al Capitan General. Que francamente habia dado su opinion. Que la Nueva España era perdida para siempre para Nueva España, y que cualesquiera espedicion que se intentase con las armas, léjos de producir efectos favorables, no haria mas que irritar los ánimos contra la metrópoli y consolidar la unidad entre los megicanos. Que la España no tenia más recursos que el de sacar el mejor partido posible de las circunstancias, llevando al trono de Méjico un Principe Español, que concediese á España alguna parte del territorio, por ejemplo las Provincias de Yucatan y Tabasco, y tratados de comercio más favorables á la metrópoli. Que aun para conseguir esto, que se lo negaría todo gobierno regido por los criollos. Que él no encontraba más base, que el promover una revolucion de las castas, contra los criollos. Que esta era muy fácil, y tenia él suficiente influencia con los gefes de las castas, para proponerles los planes y trabajar para

su ejecucion. Que este fué el primer pensamiento de la junta de la Nueva Orleans. Que realizada esta revolucion, todo Méjico en masa proclamaria á un principe español, por Rey ó Emperador de Méjico!

Vives le replicó al Padre Bringas, que le convencian sus razones, pero que no era esa la politica del Gobierno Español, y las instrucciones que tenia del Rey, eran diametralmente opuestas á semejantes planes. Que la España consideraba á los megicanos, como rebeldes á la autoridad del Rey, y que estaba en sus deseos realizar con las armas el restablecimiento de su autoridad.

El Padre Bringas tomó de nuevo la palabra y volvió á hablar, diciendo: «Acato y venero, como debo, la voluntad del soberano, y debe V. E. tener entendido que, en la primera espedicion militar que se haga á Méjico, iré embevido en las filas, como misionero á predicar el evangelio, la paz y obediencia á nuestro soberano D. Fernando 7º» Vives se levantó y abrazó estrechamente al Padre Bringas.

Y me mandó que hablase. Hicelo diciendo: «que creia bastante fácil introducir la discordia entre el seno de la República, entre los gefes criollos y los gefes de las castas. Que aquellos como militares blancos y de línea, miraban á los gefes de las castas de reojo y como unos guerrilleros incultos. Que en lo demas era de la misma opinion del Padre Bringas. Que cuando se preparase una espedicion, en el momento se unirían castas y criollos, contra los espedicionarios. Que yo tenia amigos entre las castas, y que pudiera ensayarse un plan revolucionario.»

Y levantándose Vives, y agarrándome de la mano que la apreté, me dijo: «eso es precisamente lo que yo deseo, no hablemos mas, pongamos manos á la obra. Venga V. mañana temprano á verme, y aunque esté en la cama, digale V. al mayordomo su nombre y le hará entrar.»

El siguiente día á las siete de la mañana fui á Palacio y encontré á Vives levantado y tomando chocolate. Me hizo entrar en su despacho y cerró con llave la puerta. «Vamos ahora, me dijo, á ver cómo compaginamos el negocio para abrir relaciones con el gobierno de Méjico y demas que pueda conseguirse en aquella república. No se pare V. en gastos, dinero habrá para todo. Hable V.»

Le dije: «Lo primero que debemos tratar, es de embiar

un emisario de toda confianza con cartas mías para dos sujetos de toda seguridad en Veracruz; la una es un zambo de costa firme; y la otra un español mallorquin llamado D. Federico Alvarez Simidel. Al primero le indicaré un plan de revolución que promoverá un amigo suyo y mio, el coronel mulato Vázquez, para que abocándose con sus amigos los generales mulatos Victoria, Lobato y otros, se pronuncien contra los generales Santana, Barragan y otros blancos, ó los militares de líneas; y á Alvarez Simidel, para que abra correspondencia conmigo y me indique los planes más adecuados para realizar alguna expedición militar, ya sobre Campeche, ó un golpe de estado sobre el castillo de San Juan de Ulua.»

El Capitan General aprobó el plan, y me dijo: «¿ y dónde hallaremos un emisario seguro, que se encargue de llevar las dos cartas é instrucciones á Veracruz;» y me añadió: «es muy difícil que alguien se encargue de comision tan arriesgada, que como V. sabe, le va la vida, si es descubierto.»

Le respondí: «que el emisario lo tenia y era de toda confianza. Le digo que era uno de los religiosos que habia venido de Méjico con el Padre Bringas, natural de Querétaro, y ya habia hecho otro viage, y en comision desde la Nueva Orleans á Veracruz.» Vives me tocó la espalda y me dijo: «veo que entiende V. el oficio: todo está arreglado y ahora conozco que vamos á hacer algo de provecho. No hay que perder momentos, manos á la egecucion. Si V. quiere escribir las cartas y trabajar las instrucciones con el debido detenimiento, haré que en el Palacio le dispongan á V. un cuartito, con todo lo necesario, y aun con cama: daré las órdenes, porque el bullicio de una posada, no es á propósito: además ese trabajo es muy delicado y requiere mucha reserva.» Me conformé con todo ménos en el artículo de la cama. Llamó al mayordomo y le ordenó que dispusiese un cuartito alejado del bullicio de la casa, con sillas, mesa y recado de escribir, y que aquella misma tarde podia ponerme á trabajar. Me despedí del general y fui á almorzar á la posada con Irigóyen.

Juntos fuimos á vernos con el Padre Bringas, y le informé de todo lo que me habia pasado con Vives, y que desde aquella tarde iba á ocuparme en el mismo Palacio del trabajo. Que el Padre Bringas dispusiese que el mismo religioso que habia desempeñado la comision en Veracruz, y que estaba de vuelta, estubiese listo para marchar á esta nueva viajata.

A las doce de aquel dia, volví á Palacio y ocupé mi cuartito. En aquella tarde y en la noche hice el trabajo, en borrador de las dos cartas y de las instrucciones, y á Vives que pasó á verme á las nueve, se lo leí y aprobó el todo en un todo. «Ahora, le dije, necesito que V. envíe al instante á una botica por los ingredientes que necesito para componer la tinta simpática, y el reactivo.» Le entregué la nota, é inmediatamente me trajeron los simples. Las dos cartas ostensibles eran puramente de comercio y dirigidas á la compañía alemana minera residente en Veracruz, y en ella debia escribir, y escribí con tinta simpática. Las instrucciones iban embebidas en unas facturas de géneros de comercio. De este modo copié el dia siguiente todo lo contenido en los borradores.

Listo el trabajo y listo el emisario, pedí á Vives cuatrocientos duros para los gastos del viage. Pasé con todo al convento de San Francisco, y en la celda del Padre Bringas se llamó al religioso de Querétaro, que debia marchar en comision; le entregué los dos pliegos abiertos, dirigidos á la compañía alemana, y los cuatrocientos duros. Le dí las instrucciones verbales para el mejor desempeño de su comision. Entre las muchas, le marqué los dos pliegos, el que debia entregar á Remigio Sanabria, marcado con una raya encarnada, y el de Alvarez Simidel, en blanco. Le entregué el secreto de la tinta simpática y el reactivo; este para que pudiera leer el escrito oculto en los pliegos, y aquella para que pudiera escribirme en lo sucesivo.

Le advertí muy particularmente, que entregase los pliegos separadamente á cada uno, sin iniciarles en el secreto de la comision que llevaba; que no supiesen, ni sospechasen, que conocia el religioso á ninguno de ellos. En una goleta española, que el dia siguiente debia hacerse á la vela para la Nueva Orleans, debia embarcarse, como se embarcó, el 17 de Marzo de 1828. El Padre Bringas, á quien leí el borrador de las instrucciones que llevaba el religioso, las aprobó en un todo.

Este fué el preliminar de todos los trabajos que se hicieron posteriormente, y el precursor de la famosa cuanto malograda expedición de Barradas, sobre Méjico, segun se verá en el curso de este escrito.

El 4 de Abril, recibí carta del comerciante Sr. Colmenero

de la Nueva Orleans, avisándome haber llegado á aquel puerto con toda felicidad el Religioso comisionado, y que el día antes había salido para Veracruz, como sobre cargo de una goleta, perteneciente á una casa de comercio española en aquella plaza.

El 22 de Abril, recibí carta por el Paquete Inglés de Remigio Sanabria: me escribía con tinta simpática y el exterior en alemán. Me acusaba el recibo de mi carta y las instrucciones, que leídas por el Coronel Vázquez, se disponía este á marchar á Puebla á verse con Guerrero, General mulato, y que se las prometía muy felices, porque las circunstancias no podían ser más favorables á nuestros deseos: decía que había una guerra sorda entre los generales de color, Guerrero, Bravo, Victoria, Lobato y otros de su raza, contra Gómez Pedraza, Barragan, Santana, generales blancos ó criollos: que las sociedades secretas de Yorkinos y Escoceses, y los periódicos «El Sol,» (moderado), y «El Aguila,» ministerial y exaltado, estaban á matarse. Que en el próximo paquete inglés me escribiría mas estensamente.

Alvarez Simidel me escribía tambien, diciéndome que le había entregado el emisario mi carta; que seponía á trabajar y que más adelante me avisaría lo que adelantase. Me comunicaba pormenores del estado de division en que se encontraban los partidos, confirmandome cuanto me decía Sanabria en su carta.

Luego que recibí estas cartas, pasé á Palacio á enseñárselas á Vives. Fué grande la sorpresa que causó en el Capitan General la lectura de ambas cartas. «Esto es otra cosa, me dijo, buen principio tenemos. Lo que necesitamos ahora es mucha prudencia, reserva y actividad. Siga Vd. con la operacion, que ha principiado con tan feliz éxito. Será muy conveniente que no frecuente V. mucho las idas y venidas á Palacio, para que los criollos insurgentes, no sospechen nada y no le sigan los pasos. Cuando tenga V. precision de verme, envíemelo V. á decir por el amigo Don Joaquin Gómez, y le avisare á usted por él, cómo, cuándo y en qué sitio debemos vernos.» Prometí hacer lo que me prevenía.

Fuíme á mi posada y me puse á trabajar mis contestaciones á Sanabria y Alvarez Simidel, dándoles nuevas instrucciones. Al primero, le decía que me satisfacía cuanto me decía en su comunicacion, y que continuase dándome parte

de lo que adelantase, dejándole á él y á Vázquez en libertad de obrar en la operacion. Que sólo le recomendaba que no se mezclase en lo más minimo en las intrigas particulares del país, ni tomase él, Sanabria, parte en los pronunciamientos, continuando en la casa, sirviendo con toda fidelidad y honradez.

A Simidel le acusaba igualmente recibo de la carta, que había parecido bien su contenido á mi principal. Le recomendaba la mayor prudencia y reserva en todas las operaciones.

Remiti las dos contestaciones al comerciante Colmenero á Nueva Orleans, encargándole las despachase por el primer barco seguro, á su correspondal en Veracruz.

De esta manera, desocupado y sin qué hacer, daba largos paseos por el campo y la ciudad, en compañía de mi amigo Irigóyen, y visitábamos con frecuencia al buen Padre Bringas, haciendo nuestras correrías á los pueblecitos de las inmediaciones y á algunos ingenios y capitales, esperando como el Santo advenimiento el Paquete Inglés de Veracruz.

Apareció este el 15 de Mayo, y recibí cartas de Sanabria y Alvarez Simidel. El primero me decía que el coronel Vázquez le decía que estaba reunido en Méjico con Victoria y Guerrero y que trabajaba ya con ellos para preparar el pronunciamiento contra Gómez Pedraza y los demas generales blancos y que tenían esperanzas de buen éxito, y me avisaría todo.

Alvarez Simidel, se limitaba á participarme las noticias corrientes de cuanto pasaba en la república mejicana. Que por entónces permanecía á la expectativa y estaba en su estancia sin ir á la ciudad, temeroso de ser atropellado como español, porque todos los peninsulares eran el blanco de la saña de los hijos del país, fanatizados por los corifeos de las logias yorkinas. Que no estrañase si en lo sucesivo no escribía por la misma razon ó que fuese espulsado del territorio.

Me vi con D. Joaquin Gómez, á quien manifesté la necesidad de ver al Capitan General conforme á su mandato, y esperaba las órdenes para acudir á donde me indicase. Gómez me dijo iba inmediatamente á Palacio, y que de allí á una hora le aguardase en mi posada, y á las 2 horas recibí un billete suyo diciéndome: en «mi casa á las ocho en punto.» A la hora prefijada concurrí á su casa y me introdujeron en una sala, en la que esperé á S. E., que llegó poco despues. Le di á leer las dos cartas que había recibido por el paquete. «Está bien lo

que dice Sanabria, no puede ir mejor el asunto; mas respecto á Simidel, me temo algun fracaso, y soy de opinion de que no le escriba V. porque puede comprometerse y echarlo todo á perder. Es necesario esperar un poco hasta que no se calmen algo las pasiones. Usted que conoce mejor las críticas circunstancias de aquel país, obrará segun le dicte la prudencia.» Hablamos un rato sobre las noticias que comunicaban los dos sugetos en sus cartas, nos despedimos y yo me volví á mi posada.

Escribí á Sanabria por conducto de Colmenero, acusándole el recibo de su carta, y sin darle instrucciones.

El 20 de Junio vino el Paquete Inglés, y sólo tuve carta de Sanabria. Me daba noticias, y lo demás me decia marchaba viento en popa.

Impaciente Vives de saber las noticias de Méjico, me envió á decir por Gómez que me esperaba en su casa y á la misma hora. Esta vez le encontré puntual, en la sala de Gómez; en cuanto me vió, me preguntó: «¿qué ha sido de Simidel? ¿ha recibido V. carta de él?» Le contesté que no. «Mala señal, algo grave le ha debido ocurrir,» me repuso Vives. «No tenga V. cuidado, como no lo hayan expulsado, que lo hubiera escrito, en lo demás es hombre precavido, eso me da á entender que está oculto en el campo, en alguna estancia de los jarochos.» «¿Y Sanabria escribe? ¿qué dice?» Le entregué la carta. La leyó y se puso muy alegre, y me añadió: «Hay que aguardar con mucha paciencia. Alvarez Simidel resollará por algun lado, no le escriba V., y en cuanto á Sanabria, no hay que apurarlo.» Me despedí y volví á mi posada.

En vista de las prevenciones de Vives, y creyéndolas prudentes, cerré toda comunicacion con Veracruz y la Nueva Orleans, y me mantuve mero espectador de los sucesos, hasta que abriese el horizonte y viese despejado el campo. La mecha habia prendido.

El 12 de Julio, llegó el Paquete Inglés, sin cartas de Simidel y Sanabria; este silencio me impuso sobre manera. Fui á ver dos comerciantes españoles y un francés, para saber si ocurría alguna novedad en Veracruz y Méjico. Me enseñaron las cartas que habian recibido de sus corresponsores de la capital de la república y Veracruz, y en ellas les decian que se habian desatado las pasiones en contra de los españoles, hasta tal extremo que metian presos á los infelices que, no pu-

diendo ponerse en camino, á falta de poder realizar sus intereses, estaban al frente de sus tiendas de comercio; y muchos se embarcaban y otros aguardaban barcos para embarcarse para cualquiera punto de Europa, los Estados Unidos y la Habana. Al comerciante francés le decian más: que el horizonte de Méjico estaba muy cargado y que se temia una catástrofe á la hora menos pensada.

Corrí á mi posada, é inmediatamente le escribí una carta á Vives, diciéndole no haber recibido ninguna de Veracruz, y que comerciantes que habian tenido cartas de aquel puerto y de la Capital, me daban las noticias que he referido. Cerré y sellé la carta, y se la llevé á Gómez para que la pusiera en sus manos. A las dos horas de haber llegado á mi posada, me encontré un billete citándome para su casa y hora de las ocho de la noche.

Me encaminé á ella, y todo sobresaltado Vives me dijo: «¿qué habrá pasado en aquel infeliz país, que no escriben ni Simidel y Sanabria? ¿Qué será de ellos?» Le respondí. «yo infiero de su silencio, que el Simidel esté oculto por temor de que le cojan y lo espulsen; y Sanabria habrá sido llamado acaso por el coronel Vázquez á Méjico, Puebla ú otro punto donde estén concertando el pronunciamiento.» «¿Y qué opina V.? ¿Qué hacemos?» Le respondí: «Nada. Estarnos quietos y callados, ellos resollarán. No ha debido sucederles algo desagradable, porque los periódicos y la correspondencia de Veracruz, nos lo habrian dicho.» «Esperaremos el paquete próximo, me dijo; no les escriba V. por Dios.» Nos despedimos y volví á mi posada.

De todo informaba al Padre Bringas, que por su parte estaba lleno de recelos y temores de que le hubiese ocurrido algun contratiempo á Sanabria y al religioso suyo.

El diez de Agosto apareció el Paquete Inglés tan deseado. Ninguna carta, y esta novedad me aterró; cuando tres horas despues de la llegada del paquete, me encontré con una esquila del Padre Bringas, llamándome con toda urgencia á su celda, y el primer saludo fué el preguntarme si conocía al paisano que estaba de espaldas; le contesté que no. «Haber, vuélvete y habla al señor.» Conocí en el paisano, al religioso que habia ido en comision á Veracruz. Le abracé y el sacó de la cartera dos cartas y me las entregó. Las abrí, pero estaban escritas en tinta simpática y el reactivo lo tenia en mi posada.